

El Herald de la Guardia Civil

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO

AÑO II.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
TRIMESTRE

Península..... 1,50 pesetas.
Ultramar..... 3,75
Extranjero..... 5
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Madrid 24 de Junio de 1894.

TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR.—Apartado en Correos núm. 147

OFICINAS: CALLE DE SANTA LUCIA, 10, MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCION

1.º El tiempo mínimo de suscripción será un trimestre.
2.º Las suscripciones se cobrarán por trimestres adelantados, cualquiera que sea el tiempo por el que se hagan los abonos.
3.º Las suscripciones se contarán desde el principio del mes en que se recibe el aviso.
4.º Importantisima. La suscripción se continuará indefinidamente en tanto no se reciba aviso en contrario.

NÚM. 48.

EL DILEMA

Los primeros calores vienen acompañados de síntomas que empiezan a fijar la atención pública por lo que en sí son y pueden suponer en presencia de las enseñanzas de ayer.

El *Liberal*, con un profundo sentido jurídico, da la voz de alarma ante los tristes sucesos de Salcedo (Pontevedra), y se debate airado contra la malhadada pretensión de cobrar impuestos odiosos a balazos.

¿Con qué derecho—exclama,—con qué razón, con qué autoridad se va a ejercer la represión por las armas contra gente ignorante y desconocedora de las leyes, cuando los que hacen las leyes y las aplican las vulneran escandalosamente?

Doloroso es que nuestras costumbres políticas conduzcan a los representantes del pueblo a exageraciones como las notadas y lamentadas por todos; pero *El Liberal* no habrá de desconocer que las consideraciones que de tales enseñanzas se desprenden pueden reflejarse en el sentido moral de la Nación, y por ningún concepto sobre los encargados de velar por el sosiego público.

Si para los ignorantes de la ley es fuerte cosa verse oprimidos y maltratados por fuerzas que obedecen a poderes tan inseguros de sí mismos, que llegan a violar la propia ley por ellos engendrada, convendrá el ilustrado colega en que esta no es razón bastante para autorizar los desmanes de la multitud, ni mucho menos las agresiones.

El razonamiento del popular diario no tendría vuelta de hoja si, cuando el desarrollo de las funciones del Estado producen alteraciones de la naturaleza de las de Salcedo, no fuera el Ejército, y dentro de él la Guardia Civil, en primer término, la llamada a sufrir sus consecuencias.

Nada tienen de común con los legisladores las fuerzas militares, y jamás podrán erigirse en censores de los actos que emanan de los poderes públicos; pero como a pesar de ello las multitudes alborotadas, con o sin razón, hacen blanco de sus iras a estas mismas fuerzas, es natural que el conflicto surja y la sangre corra, porque la paciencia tiene sus límites, y no es justo que las imprudencias de arriba y los desplantes de abajo deban solucionarlas como víctimas propiciatorias las fuerzas militares, al fin y al cabo tan ciudadanas e hijas del pueblo como los que claman.

De aquí que, aun hallándonos conformes en el fondo con la doctrina sustentada por el diario liberal, disintamos en lo que respecta a procedimiento, por lo mismo de ser la Guardia Civil, en primer término, la llamada a intervenir en actos de esta naturaleza.

Y como al hacerlo no puede mirar si la orden que ejecuta es justa o injusta, ni si el agravio que se la infiere es disculpable moralmente considerado, y allí donde la fuerza se vea ofendida de obra está en el deber de utilizar sus armas entendemos de urgente necesidad se pesen y midan las consecuencias que la recaudación de determinados arbitrios puede producir en evitación de sucesos tan lamentables como los registrados en Salcedo; más los de posible concurrencia, después como creemos que la prensa de mayor circulación, que tanta y tan decisiva y legítima influencia ejerce en el espíritu público, está en el deber de advertir que la protesta airada, tumultuosa y agresiva, no son ni serán nunca medios legales de reclamación.

De no entenderlo así unos y otros, los conflictos se darán la mano y sucederán lastimosamente, y la Guardia Civil no tendrá más remedio que emplear la fuerza para repeler las agresiones de que sea objeto.

No hay otro dilema.

Lo que se dice

Le ha sido concedida la cruz blanca de segunda clase del Mérito militar a nuestro distinguido amigo el Jefe del Negociado de Servicios en la Dirección general, D. Emilio Montoya y Fernández.

Nuestra enhorabuena.

El celoso Comandante primer Jefe de la Comandancia de Caballería D. Francisco Hernández, con el Teniente D. Coledonio Sanz González y fuerza del Instituto del 14.º Tercio, prestaron importantes auxilios en el incendio que ha pocos días se declaró en la fábrica de galletas de los señores D. Eliseo y D. Joaquín Cifuentes, de esta corte.

Nuestros apreciables colegas *El Herald de Madrid* y *La Vanguardia* de Barcelona, han dedicado frases de elogio al Teniente Sr. Sanz y fuerza a sus órdenes, con motivo del trágico suceso de Espluvin.

El Teniente Sanz figura hoy nuevamente en nuestra sección de servicios, y esto prueba que este dignísimo e incansable Oficial no se da punto de reposo en cuantos sucesos ocurren en la demarcación confiada a su cuidado.

Por tan brillantísimo comportamiento, la redacción de *EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL* le envía un sincero aplauso, y llama la atención de la Dirección del Instituto para que tan relevantes méritos obtengan la debida recompensa.

En otro lugar de este número publicamos una atenta carta que desde Nonaspe se nos dirige, elogiando a la Benemérita con motivo de un servicio prestado por la misma.

Previos unos brillantes ejercicios, ha obtenido el primer premio de la asignatura de Francés, en el Centro instructivo del Obrero, la preciosa niña Lolita, hija de nuestro buen amigo el distinguido Oficial de la Comandancia de Caballería Sr. Galán, a quien cordialmente enviamos nuestra felicitación, así como al profesor Sr. Benavente, que presenta discípulas tan aventajadas.

El Comandante del puesto de Manresa, Cabo Juan Santos Martín, acaba de prestar un servicio importantísimo, según las noticias que recibimos. Como esta meritísima clase tiene en su historial más de veinte notas por hechos algunos de ellos notabilísimos, creemos llegado el momento de que tal circunstancia se tenga en cuenta para que sirva de base al formular la propuesta de recompensas que por el expresado servicio suponemos se formará.

FALTAS LEVES

Atribuciones para la corrección

La Real orden circular de 29 de Febrero del 92 marca las atribuciones de los Jefes y Oficiales para el castigo de sus subordinados.

No vamos a discutir ahora—siquieran tengan tanto de discutibles—los términos en que está redactada la disposición de referencia; guíe sólo nuestra pluma la idea de exponer, valga por lo que valiere, nuestro criterio en la interpretación lógica del texto legal.

Después de la escala gradual de correctivos que cada Jefe u Oficial puede imponer a sus inmediatos inferiores, termina diciendo la Real orden: «En la inteligencia de que todos han de dar conocimiento del ejercicio de tales facultades al Jefe inmediato, pudiendo éste aprobar, graduar, o revocar dichos correctivos, que participará con igual objeto a su superior, quien los transmitirá a su vez del mismo modo, sin otra excepción que los impuestos por los Coroneles Subinspectores, de los cuales sólo se dará cuenta al Inspector general del Cuerpo.»

Los que se atienen a la letra del escrito, fijándose en las palabras «aprobar, graduar o revocar», opinan, no sin fundamento, que implican una sanción del castigo, sin la cual éste no puede cumplirse.

Los que miran más allá y ponen por encima de una disposición escrita, con más o menos felicidad, la ley indestructible de la disciplina, dicen con una gran fuerza de convicción que el castigo debe cumplirse inmediatamente que se imponga.

Entre estos últimos formamos nosotros, y con nosotros todo el que tenga de militar algo más que el uniforme.

¿Y no puede ser de otro modo? ¿Qué autoridad y qué atribuciones son esas, cuando para ejercitarlas es preciso someterse a la opinión de un tercero? Pues qué, el Oficial, desde el momento que lo es, y que se le confía el mando de una fuerza y el cuidado de una línea, ¿no se le supone la ilustración, el buen criterio, las necesarias dotes de mando para la buena dirección de su cometido, para la justa aplicación de los castigos? ¿Dónde está la equitativa correlación entre las responsabilidades exigidas y los medios de represión concedidos?...

El jefe de la línea, que está con sus subordinados en continua relación, que debe ser para ellos autoridad suprema porque él ordena directamente y nombra los servicios, y revista y vigila, se encuentra en el caso de imponer un correctivo y aparece ante los ojos de los Guardias y de las clases desprovisto de atribuciones, porque para veinticuatro horas de arresto que haya de sufrir un individuo, es preciso oficial, tramitar, resolver, pasándose una porción de días en incomprensibles y desmoralizadoras dilaciones. ¿Y si sólo fuera dilación! Pero ¿qué comentarios no se presta la desaprobación del castigo?

El Oficial debe ser siempre responsable de sus actos, que si se equivoca u obra torcidamente, en el Código está marcada la penalidad en que incurre, y sus jefes tienen el deber de aplicársela. El Oficial debe tener atribuciones propias, que en manera alguna pueden coartarse sin grave riesgo de la disciplina. Por esto no comprendemos lo que significa la palabra «revocar», que en la Real orden aparece, pues si tratándose de un asunto que no tiene maliciada trascendencia, por cuanto a la vida militar del individuo se refiere, se limita la acción del Oficial hasta el punto de poder desautorizarle ante sus

subordinados, no hay mando posible ni posibilidad de continuar al frente de una línea, después de tan desprestigiosa rectificación.

Por otra parte, si se tardan diez, doce o quince días en aplicar el correctivo, ¿dónde está la ejemplaridad del castigo, tan preconizada por todos los criminalistas?

Lo que se pone de relieve en todo esto, es la rutina persistente en el Ejército; esa escala gradual por donde todo tiene que ascender para volver a bajar, y que se aplica a lo más capital como a lo más nimio; de lo que nunca se hace caso omiso, aún a trueque de caer en el ridículo que sintetiza aquella famosa frase de un cuartelero:

—Con permiso de usted, mi Teniente, se ha apagado el farol.

¿De cuántos faroles apagados se dice lo mismo! ¿Y cuánta farolería insustancial nos encontramos por estos mundos de la milicia!

No podemos creer que el espíritu de la Real orden sea nocivo a la disciplina; mas como es muy cierto que su redacción da lugar a creer lo contrario de lo que el buen sentido aconseja, y al texto escrito hay que atenerse, bueno sería que se publicara una aclaración que desechara toda clase de dubitaciones.

Sabemos que se practican los dos procedimientos; que hay Jefes que se atienen a la letra del texto legal, y otros que, interpretándolo más liberalmente, dejan al Oficial con libertad de acción.

No discutiremos lo que deba hacerse con arreglo a lo dispuesto, pero sí, libres de todo prejuicio, abogamos por que desaparezca cuanto puede ser una rémora para la oportuna aplicación del castigo, y para la buena gestión de un Oficial al frente de una línea.

No puede haber Ejército; no puede existir un Cuerpo prestigioso; no es posible una buena práctica del servicio, si la disciplina no tiene una solidez a toda prueba; y no se reporta, ciertamente, con el procedimiento que combatimos.

En suma: el Oficial tiene sus atribuciones, que suponen un derecho aparejado con una responsabilidad, y debe ejercitarlas libremente, dando después cuenta de sus determinaciones.

Esta es la sana doctrina.

Por los Guardias jóvenes

Premios de reenganche.

No vamos a pedir en este artículo nada nuevo para los de tal procedencia; vamos, exclusivamente, a pedir que la ley sea igual para todos los que durmieron bajo el mismo techo, y que encontrándose en condiciones perfectamente iguales, no resulten unos con ventajas que otros no poseen, sin que podamos comprender el por qué.

Desde Noviembre de 1882, a los dieciséis años filianse por doce los procedentes del Colegio de Valdemoro. Harto discutible es esto; creemos y hemos creído siempre que es un poquito arbitraria tal medida, pero dejemos el asunto para mejor ocasión, puesto que otro es nuestro objetivo al trazar estas líneas.

Claro como la luz del día que, con estricta sujeción al compromiso que allí en Valdemoro contrajeron, los doce años han de servirlos al pie de la letra, es decir, día por día; no habiendo para ellos reservas, son, pues, soldados fijos por ese espacio de tiempo, sin que le aumente ni disminuya la circunstancia de salir soldado o libre en el acto del sorteo, que, como ciudadanos, al fin también sufren, siquiera éste sea en fórmula, puesto que soldados, y por doce años, los son ya todos los de aquella procedencia.

Si esto es exacto, como lo es, si sus compromisos fueron voluntarios desde los dieciséis años, no cabe duda de ningún género, a todos, sin excepción, deben conárseles sus servicios, como tales, desde aquella fecha, sin que pueda influir en poco ni en mucho el salir libres o soldados en el acto del sorteo. ¿Pues, qué, al tener efecto éste no tienen ya un compromiso contraído? ¿Por ventura pueden dejar de satisfacerlo día por día, salgan o no soldados? No. El sorteo en ellos es un formalismo y nada más; soldados eran y soldados quedarán; el sorteo nada les quita nada les pone.

Estas razones, que por lo terminantes no dejan huella de duda, nos han hecho ver, con sentimiento, las ostensibles diferencias que bien de relieve se marcan entre los procedentes del Colegio llegado el momento de ponerlos en posesión del doble plus de reenganche.

Al Guardia X, que la suerte le favoreció en el sorteo, quedó excedente de cupo y se le cuentan sus servicios voluntarios desde los dieciséis años. El Guardia M. tuvo la suerte de espaldas en aquel acto, y sólo por esta circunstancia se le coloca en muy distinto caso que al anterior; ambos filiaron en igual año; en igual año salieron a los Tercios a prestar el servicio del Instituto, con un compromiso exactamente igual, y M. no cobrará el doble plus hasta seis años después que su compañero X. Decir que esto es justo, es decir que *San Juan fue torero*. Mientras estas diferencias no desaparezcan, porque

así lo reclaman los fueros de lo justo; mientras a todos no se pesen sus servicios por igual, entendemos que la interior satisfacción no podrá quedar muy bien parada, porque interior satisfacción no puede haber, digan lo que digan, cuando, sin más que por que sí, le privan a uno de lo que legalmente es suyo.

Y esto que pedimos en este artículo es de tan completa justicia, que, para evidenciar su bondad, bastaría una pequeña información: pregúntese a los Tercios, y los Guardias contestarán; es más: los que resultan beneficiados serán los primeros en declarar que sus compañeros tienen iguales derechos, puesto que no pueden alegar sobre ellos ningún mérito que los coloque en mejores condiciones.

Así lo reconocemos nosotros: no hay más mérito que la suerte, el azar y siempre el azar determinando la situación especial de cada individuo. Harto doloroso es esto: que las recompensas se den a ojo de buen cubero es una verdadera lástima, y mucho más en la nación del *expediente*. Y que esto es verdad, no cabe dudar: en este sitio lo hemos probado muchas veces.

Nosotros esperamos que se harán las gestiones por quien corresponda para que este estado de cosas desaparezca, y, con una poca de voluntad, de presumir es se consiga que a todos los procedentes del Colegio se les cuenten sus años de servicio como voluntarios para los efectos del premio desde los dieciséis años, sin que determine esta calificación el acto del sorteo.

Este es un vacío que se siente en el Instituto, vacío que podrá llenarse si la Dirección del Instituto secunda nuestros esfuerzos.

Así lo esperamos.

El General Sánchez Gómez

El lunes 18 salió de esta corte para Navarra, en el tren correo de Aragón, el General de división y nuestro respetable amigo D. Joaquín Sánchez Gómez, para hacerse cargo del importante mando militar que en aquella región acaba de confiársele.

Le acompañaban sus ayudantes, nuestros queridos amigos y compañeros los Comandantes señores Palacio y Romero.

Entre las numerosas personas que bajaron a despedir al General Sánchez Gómez, vimos a su hermano D. José con su distinguida señora y a los Generales Palacio, Bermúdez Reina, Ziriza, Macías, Loresecha Portilla, a su cariñoso amigo D. Eugenio Zandrería y a considerable número de Jefes y Oficiales de distintas Armas, Cuerpos e Institutos.

La guarnición de Navarra tendrá muy en breve ocasión de apreciar las excepcionales condiciones de aptitud, caballerosidad y compañerismo que concurren en su nuevo Jefe, a quien *EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL* saluda respetuosamente y desea todo género de aciertos.

El sueldo de los Comandantes

Metido a redentor, según mis temores, o dentro de las once varas de la camisa, según posibles apreciaciones, no ha de quedar por calificación más o menos, dentro del tintero y sin tratar, aunque a la ligera, un asunto lo suficientemente importante para reclamar con la sola exposición pronto y equitativo remedio.

Tiene el Subalterno de la Guardia Civil una, aunque no completa, previsora diferencia de sueldo con el de su compañero en el Ejército. Siquiera en la menor expresión práctica, la tiene el Capitán con el suyo; tiénela, cada vez más mermada, el Teniente Coronel con el de su empleo, y si no en la cuantía de antes, sostiénese la diferencia en los Coroneles. Todas estas clases, no por caprichos de la suerte ni por determinaciones inconscientes de la loca fortuna, antes por meditaciones resoluciones, nacidas del convencimiento de las mayores gastos, originados por las continuadas salidas, encuentran, o se procura que encuentren, o créese que encuentran con esas diferencias las naturales y proporcionadas compensaciones.

Todos han merecido, pues, la solícita atención del Estado, todos, menos una clase no nombrada: la de los Comandantes.

¿Qué han hecho ¡oh, cielos! los de este empleo para verse preteridos y abandonados?

Un error, para ellos funesto, y una ficción, ficción orgánica, puramente teórica, supone a este empleo la misión administrativa, con la sedentaria situación burocrática: según ella, como se separan—aunque con fines esenciales—de la misión genuina de las clases del Instituto, resultan excluidos de los beneficios que tal misión les da, no reconociéndoles mayores ventajas que cuando logren los de su categoría en cualquier arma, y de cuyas funciones en tan poco se distancian, o en tanto se asemejan, o tan iguales son. Si las cosas fueran así, nada más justo, pero...

Esa impura realidad que se burla de las más abstractas y bellas combinaciones empéñase en demos-

trar, y demuestra, con la elocuencia de los números, que no es en la zuzura de la plácida oficina donde los de ese empleo pasan la vida, sino que una tercera parte de ellos sube y baja con calor y con frío a las cimas y al llano, y que una tercera parte del año, cuando menos, la pasan también ausentes de su familia y de la vida del hogar con todas las sabidas consecuencias que los demás sufren, pues no consta suponerles de otra condición.

Cuanto desempeñan el cargo de primeros Jefes de la Comandancia, el más importante y el más difícil de la Guardia Civil..., «centro de acción de donde parte la dirección del servicio y administración de la fuerza...»; cuantos por llenar su deber han de estar en *continua movilidad* como taxativamente expresa el reglamento; cuantos por deficiencias y pequeneces de organización tienen sobre sus hombros carga mayor que la correspondiente a su categoría; cuantos han de servir de escuela y de ejemplo a todos sus subordinados, no sólo en los asuntos militares, pero hasta en los de nimiedad social; cuantos desempeñan tan «importante mando», el de más movimiento, el más responsabilidad, el más abrumado en deberes; cuantos se hallan en este caso, aun riñendo con las más elementales reglas de organización de cualquier organismo, son los más desamparados y desatendidos, encontrándose en una escala de inferioridad remuneratoria que en buenos principios de moralidad no debe continuar.

¿Es que son pocos quienes en tal situación se hallan? Mejor para remediarlo fácilmente. Pueden pensar, y a veces con más frecuencia de la debida, pesadas razones de lo excesivo del número, para no satisfacer las más legítimas aspiraciones; pero cuando ni este único argumento existe—llámese así—nada justifica la falta de remedio.

Y no es cosa de decir más. Pretender demostrar al medio día, que es de día, y hay luz diurna, es por su misma evidencia la más difícil y la más inútil de las demostraciones.

EULOGIO QUINTANA DUQUE.

Nos participan de (Plasencia) Cáceres, la triste noticia del fallecimiento de la hija del distinguido Capitán de la Guardia Civil D. Francisco Rodríguez y Rodríguez.

Muerta a los veinte años la señorita Francisca, cuando las ilusiones en flor ofrecen expedito y lisonjero el camino de la vida, el dolor de nuestro amigo es de los que no pueden encontrar consuelo más que en el cariño de su hogar, hoy ensombrecido por la desgracia.

No hemos de incurrir en frases vanas que no pueden llegar al corazón del atribulado padre; pero si cumplimos consignar la manifestación de vivísima simpatía hacia el digno Capitán, que el vecindario de Plasencia ha verificado con motivo del sepelio de la que fué amada y amantísima hija del señor Rodríguez.

EL HERALDO toma parte activa en su duelo, y le envía con estos renglones la adhesión de su sentimiento y el deseo de la resignación, que tanto necesita.

Desde Nonaspe

Señor Director de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL:

Muy señor mío y de mi mayor respeto: Digno de elogio, en verdad, es el servicio prestado el día 14 del corriente por el Cabo D. Remigio Martínez y el Guardia segundo Felipe Navarro, del puesto de Fabara, que honra grandemente, al mismo tiempo que a los citados Guardias por su actividad y buen celo en el difícil cumplimiento de sus deberes; a los dignísimos Jefes de esta benemérita Institución, por el buen acierto en la elección de sus alternos que tan buenos resultados dan en el servicio que la nación les confía. Es el siguiente:

Hace ya mucho tiempo que entre este término municipal y el de Mequinenza, accidentado y escabroso en su mayoría, campaba por sus respetos Antonio Sastre, licenciado de presidio por homicidio, cuya carrera empezó a los dieciséis años, y, como es de suponer, poco amigo del trabajo, se mantenía de lo que robaba en los mares, que, sin escrúpulo ni miramiento, abría, a viva fuerza, y así vivía sin que nadie se atreviera a denunciarlo por temor a sus aviesas intenciones.

Noticioso el citado Cabo, por confidencia secreta, de las fechorías de este sujeto, púsose en su persecución, capturándolo ayer a tiempo que, atemorizado, huía de los respetados tricórnios, ocupándole la escopeta cargada y varias prendas robadas.

Del reconocimiento hecho en su casa resultan otros muchos objetos pertenecientes a otros tantos dueños.

Con este suceso la población en masa dió mil plácemes a los Guardias, que con tan señalado servicio les libra de una plaga tan corrosiva a sus intereses materiales y morales.

Reciban, pues, mi más humilde y entusiasta enhorabuena los interesados, desde las columnas de su ilustrado periódico, y usted, señor Director, la gratitud más sincera por la deferencia en admitir estos desaliñados renglones a S. S. S. Q. B. S. M., BERNARDO EZQUER.

ALGO DE TOROS

Aunque nada de tauromaquia.

Como hay carniños que matan, ahogan también ciertas reputaciones. La adquirida por el Instituto obligale hace ya tiempo a intervenir, prodigándose, en asuntos de menor cuantía, si no extraños, poco conformes con la seriedad de su misión, y la persistente demanda y sensible concesión, van de-

terminando un estado de derecho que se invocará con el tiempo, cuando ya tardíamente quiera volver al de pristina y natural pureza.

Confirmación, y confirmación elocuente de las anteriores afirmaciones, se halla entre otras, en la intervención de la Guardia Civil en las corridas de toros.

La misión de esta «fuerza militar» en tales fiestas, si la cuenta no es errada, limitase a restablecer el orden, en el caso de alterarse, dada la índole del espectáculo. Su presencia es, pues, hasta ese momento, simplemente preventiva: en buena lógica limitárase a ir a la Plaza con antelación prudencial; ocupar en ella el sitio designado para dejar expedita su acción y a esperar así a que el respetable público lo fuera en efecto, o hacer que lo fuera, obligándole a entrar en caja si de ella se salía. Y nada más.

Esta es una de las caras, pero la otra es radicalmente distinta. Por de pronto, la orden de los Gobiernos civiles disponiendo la presencia de la fuerza, ya señala, generalmente, la hora de venta de las localidades, que precede en dos o tres al espectáculo, y ya por esa misma orden, ya por sucesivas concesiones, ya por costumbre, ya por apremios momentáneos, por una serie de concausas emanadas de esa improcedente presencia, vienen las formas de abusivo empleo de parejas, pues a pretexto de apreturas, de falta de respetos a empleados de la Empresa, de impaciencias del público, etc., etc., destácanse unas a las taquillas, otras a las puertas de entrada, otras en las de localidades.

Con tal empleo, no tan sólo se absorben funciones policíacas propias de otros institutos, si no que se adultera el nuestro comprometiendo su prestigio. Como hemos convenido que toda persona sería de serlo, tratándose de esa clase de espectáculo, la presencia de las parejas en esos lugares, en esas ocasiones de apreturas, de bullanga y de típico desorden, préstase a ser comprendidos en las censuras, en los chistes y aún en los denuestos que con razón o sin ella son frecuentes en tales casos, por abusos ciertos o imaginarios de las Empresas, y por ejercitar en aquel acto una acción común con sus empleados. Si a desentrañar se fuera, algún proceso saldría de cada corrida por insulto a la fuerza.

Convencionalismos aceptados podrán perdonar ciertos actos en otras ocasiones, perfecta y severamente justiciables, pero la impunidad continuada y la peligrosa prodigalidad de la fuerza, no evitará jamás su manoseo, su demérito, el rebajamiento de ese alto prestigio tan preconizado como necesario, y tan necesario como de continuo en olvido, por quien más debía guardarlo, en los reservadísimos archivos de los supremos recursos de los Gobiernos.

Y si esto obedeciera a algún beneficio público, ¡bien haya todo! Pero, desgraciadamente, sólo tiene como solución práctica la del tácito reconocimiento de deficiencias en ciertos organismos a quienes viene muy ancho resignar responsabilidades, o la de ahorrar algunos empleados a las Empresas, redondeándolas el negocio. Por donde se juntan para rechazarse: un asunto de exclusivo mercantilismo y una representación gloriosa, descendiendo en relación con las oscilaciones del Debe y Haber de Empresa.

Si las cosas no pasaran de ese punto, todavía habríamos de darnos por satisfechos; pero la marea del abuso sube a tales límites, que el silencio implica sensibles abdicaciones. ¿No es ya el escandaloso hecho—tal es su nombre—que por una corrida o dos en la capital se reconcentra toda la Guardia Civil de la provincia, dejando huérfanos los pueblos, causando las consiguientes molestias y acumulando excesivas fuerzas donde son innecesarias?

Es que por eso mismo, por ser innecesarias, y a falta de más útil, más digno y más práctico empleo, se ha dado el caso, lo suficientemente doloroso para temer que como malo forme escuela, de acordar materialmente la plaza en su exterior por quince o veinte parejas, mandadas por el consiguiente Oficial, con la rigurosa consigna: ¡oh Manes del Duque de Ahumada!, con la rigurosa consigna de evitar que los chiquillos arrojan piedras al interior durante el espectáculo.....

En vano alimentamos la ilusión de que la Guardia Civil constituya organismo independiente, y en vano recreamos el espíritu con los soñados goces de una autonomía consoladora.

Mientras exista la incongruencia de nuestros Reglamentos con las leyes posteriores, creando así una duda permanente del verdadero derecho; mientras por toda fuente haya de acudir a la resolución casuística del hecho, en la que más influyen circunstancias detalles externos que el hecho mismo; mientras continúe, así por norma salvadora de responsabilidades, como por regla estrecha de conducta, la obediencia a los mandatos de la autoridad, aunque sean extraños a los deberes reglamentarios, si de no hacerlo surgiera el conflicto, y éste siempre está en pie en semejantes fiestas; mientras todo continúe de tal guisa, no sólo las cosas dichas, otras y otras ocurrirán, ¡oh amado Teófilo!

VARIAS REFORMAS

Aunque algunas de las ideas que a continuación expresamos han ocupado ya buena parte de nuestras tareas, publicamos íntegro el trabajo remitido por uno de nuestros suscriptores, como muestra del sentir de los Guardias en las cuestiones que tan directamente atañen a su bienestar y al servicio del Instituto.

Entre las reformas que podían llevarse a cabo en el Cuerpo, me voy a permitir indicar algunas, ya que EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL, periódico defensor del mismo, demuestra tanta predilección por él y trabaja con interés tanto por el mejoramiento de su vida moral y material. Las más necesarias y de más fácil realización, son las siguientes:

1.ª Habilitar en todas las casas cuarteles, pero muy especialmente en las de las capitales de provincia, local para que los individuos de la clase de tropa que vayan a ella con cualquier comisión, puedan permanecer y pernoctar en él, dotándolo de las camas y efectos que se consideren precisos para su descanso y aseo personal, en evitación de que tengan lugar actos que puedan ocasionar disgustos, altercados y aun faltas de respeto, si se trata de Sargentos o Cabos, como puede ocurrir, por el hecho frecuente de tener que ocupar las camas y perchas que ven vacantes de la dotación de los individuos del puesto, que éstos, al regresar de servicio, pretenden, con justo derecho, que se desocupen para hacer uso de ellas; dándose el caso que muchos transeúntes tienen que pasar la noche de pie, o que sean lanzados de cama en cama; y como de éstas y sus prendas es responsable aquel que las tiene adjudicadas, ni le agrada que las use otro, ni que se

manchen o deterioren prematuramente. Estos locales podían destinarse para los transeúntes y obligar a éstos a pagar una pequeña cuota de 5 a 10 céntimos por cada noche que durmieran en ellos, para que el Comandante del puesto pudiera satisfacer el lavado de la ropa de cama, limpieza, luces, etc., cuota que darían todos gustosos por no sufrir el *Via-Cruis* que representa el alcanzar una cama donde descansar.

2.ª Establecer en dichas capitales una Escuela para enseñar a los Guardias de nueva entrada, bajo la dirección e inspección del primer Teniente Cajeiro, auxiliado por uno o dos Cabos de los más idóneos como instructores, a fin de que aprendieran la Cartilla, Reglamentos y demás materias que son necesarias, en evitación de que los Comandantes de puesto tengan que convertirse en maestros de instrucción primaria, distraiendo un tiempo precioso para dedicarlo al servicio del Instituto, que es lo primero y principal, ahorrándole muchos disgustos, y consiguiendo que cuando aquellos fuesen destinados a prestar servicio estuvieran impuestos en sus deberes, al menos teóricamente. El Comandante de puesto, por mucho que se multiplique, no puede atender a la enseñanza como es debido, y ésta tiene que ser deficiente, por falta de tiempo, y algunas veces de buen deseo por el cansancio o torpeza del discípulo. El plazo máximo para que dichos Guardias se impusieran en sus deberes, no excedería de seis meses, pudiendo concederles una prórroga de tres meses más a los que, demostrando vocación, honradez y buenas condiciones, no pudieran aprender todas las materias en el primer plazo por su rudeza o falta de inteligencia. Hasta que no estuvieran al corriente, no debían firmar su compromiso en la filiación, para quedar en libertad de denegarles el ingreso si no resultaba probada su aptitud y favorable disposición para el servicio del Cuerpo, siendo, por tanto, dados de alta en concepto provisional primero y definitivo después. Así se reclutarían buenos Guardias, y serían muy pocos los que dejaran de prestar excelentes servicios en el Instituto, cuyo desempeño va siendo cada día más comprometido y difícil, y sólo pueden salir airoso los que posean una sólida instrucción.

3.ª Suprimir la cartera de servicio que usa la tropa de Infantería, trocándola por otra que podría llamarse porta-pliegos, como en Cuba, y llevarla pendiente de una correa larga y estrecha, desde el hombro izquierdo, sujeta con la hombrera al costado derecho, a semejanza de la que usan los señores Jefes y Oficiales. Así se podría hacer uso de ella con prontitud, y se evitaría el mal gusto estético que revela el bulto que forma en la espalda cuando lleva puesta la capota, de la que hay que despojarse para servirse de la cartera, cuyo peso hace que el cinturón se suba demasiado, produciendo molestias en el pecho y desfigurando la perfecta colocación de los tirantes.

4.ª Permitir el uso de botinas de becerro, lisas y sin pespuntos visibles, para población, en donde hay que presentarse con urgencia en determinado sitio por alteración del orden, incendios o riñas, y es demasiado entretenido el borecegi, cuyas correas se rompen con frecuencia, y no siempre hay en el acto para reponerlas.

5.ª Dotar de revólver a la tropa de Infantería, para llevarlo en población, en determinados servicios, y principalmente cuando pasan de unas Comandancias a otras, para evitar que vayan completamente desarmados, como ocurre hoy; y conseguir la necesaria superioridad en casos de verse amenazados con armas de fuego y no tener para defenderse más que el sable o espada.

Y 6.ª Disponer que los señores Capitanes y Jefes de Línea tuvieran a sus órdenes, en el concepto de ordenanza, un Guardia de Caballería, ya que no pueda ser una pareja, como en Cuba, para conseguir la mayor celeridad en presentarse en determinado sitio por cualquier accidente del servicio o para girar sus revistas reglamentarias. El Guardia de Infantería que desempeña dicho cometido no puede, por mucho que se esfuere, seguir la marcha del caballo, aunque el paso de éste sea el de menor ligereza. El de Caballería, en cambio, tiene la ventaja de conocer las enfermedades del caballo, atiende con más esmero a su limpieza y cuidado, y no duda en la colocación de la montura, como puede suceder a algunos de Infantería.

Como sólo me anima el deseo de que brille y se distinga el Cuerpo a que me honro pertenecer, no titubeo en dar a luz estas modestas ideas, por si merecieran llamar la atención de quien, con autoridad y competencia, pudiera darles forma y llevarlas a la práctica.

F. P. G.

Servicios importantes

El Jefe de la línea de las Ventas del Espíritu Santo, el celoso Teniente D. Celedonio Sanz González, con el Cabo Froilán Aláez de los Ríos y los Guardias Prudencio Martín, Ruperto Tovar y Dionisio Solano, acaban de prestar un importantísimo, capturando el autor y coautor del horrible asesinato, seguido de robo, cometido en las expresadas Ventas el día 11 del actual.

Cuando no quedaba rastro alguno, cuando la última huella del crimen había desaparecido, la fuerza del Instituto presenta convicto y confeso a su autor. Este es el mejor elogio que puede hacerse de los individuos que prestan el servicio.

Enviamos nuestra enhorabuena al joven Oficial que tan reiteradas muestras está dando de sus aptitudes para brillar en la Guardia civil.

Cuando se disponían a regresar del servicio de correría los Guardias del puesto de Coronil, Joaquín Prieto y Francisco Rodríguez en uno de estos últimos días, observaron en el puerto de «Los Leo-

nes» de aquella demarcación un grupo de 10 ó 12 hombres armados que conducían caballerías por fuera del camino.

Diéronles el «alto», recibiendo por toda contestación una descarga, de la que afortunadamente la pareja salió ilesa. Los Guardias cargaron sobre ellos, sin contar su número, y con tal valentía, que los que resultaron luego ser contrabandistas, se dieron a la fuga, sin que otra cosa pudiera hacer en aquel momento la benemérita.

En la huída dejaron abandonados dos fardos que contenían 138 kilos de tabaco.

La Guardia Civil persigue sin descanso a la expresada partida.

A la serie de servicios prestados por el Teniente D. Luciano Sanz, con motivo de la tremenda catástrofe de (Espluvins) Lérida, hay que añadir el realizado últimamente, descubriendo y poniendo bajo la acción de los Tribunales a los autores del asesinato perpetrado en Cobarrio, en la persona de José Domenech, crimen que no obstante hallarse envuelto en el mayor misterio, pudo sacar luz, merced a sus incansables investigaciones y pericia acreditada.

Nos congratulamos en felicitar al Sr. Sanz, a la par que consideramos un deber estampando aquí los nombres de los individuos de la benemérita, que tan acertadamente han interpretado las instrucciones del bizarro Oficial. Estos son: El Sargento Saturnino Bragado García y Guardias Alfonso Villoria Sánchez, Jorge Hernández Delgado, Salvador Baena Carrillo, Miguel Fernández González y Santiago Muriel Martínez.

COLABORACIÓN LITERARIA

EL AMIGO TIRANO

Dibujos de Cilla.—Fotografiados de Laporta.

Si; yo he sido víctima de un amigo tirano que me adoraba y me tenía metido en un puño.

Aún me parece verle, sentado en el borde de mi cama, donde me tenía sujeto una calentura pertinaz.

—Vaya, vaya; déjate de medicinas y vente conmigo—gritaba mi verdugo alzando el embozo de la sábana y exponiéndome a coger un dolor.

—Pero, Paco... ¡por la Virgen Santísima!

Y sólo a fuerza de muchos ruegos, conseguía que me dejase sudar en paz y en gracia de Dios.

Hay cariños que matan, y el de Paco era uno de ellos.

Nos conocimos en un baile de máscaras.

—¿Usted es Fulano?

—Sí, señor.

—Pues yo soy Perengano.

—¡Cuánto gusto tengo en conocer a usted!

—Va usted a venirse conmigo al restaurant.

—Gracias—dije yo.

—No admito excusas.

Cogiome del brazo, y quieras que no, me condujo al restaurant.

—¡Chico! Trae la lista.

—¡Pero, hombre!—me atreví a decir a mi nuevo amigo—yo no puedo tomar nada.

—¿Que no? Eso lo veremos... Va usted a tomar jamón en dulce. ¡No faltaba más! Y después medio pollo frío, y luego... ensalada...

En fin, que tomé todo cuanto le vino a él en ganas, y al día siguiente tuve un cólico, y no me morí porque no había llegado mi última hora, que lo demás...

Paco me cogió un cariño muy grande, y empecé por proponerme el tuteo y por hacerme mudar de casa.

—No te conviene vivir en la calle de Tudescos.

¡No y no! Es una calle muy húmeda.

Y me buscó otra casa, y me hizo soñar con la patrona, que era una doña Sebastianiana excelente y ponía las alcachofas rellenas de un modo maravilloso.

El cariño de Paco era un continuo tormento para mí, y mientras duró nuestra amistad tuve que sufrir todo género de contrariedades.

¡Jesús qué hombre aquel!

Entraba en mi casa.

—¡Vístete!

—Pero...

—¡Vístete!

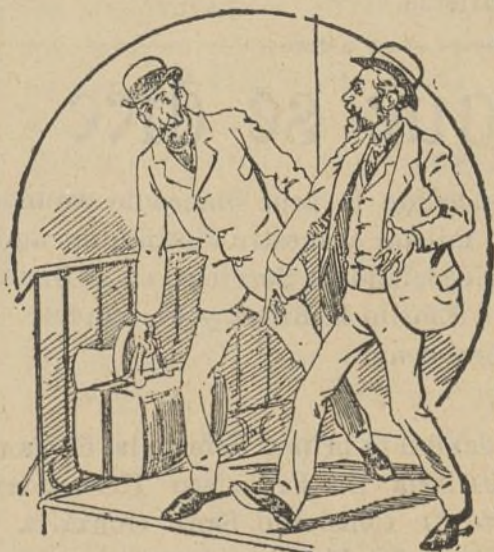
—¿A dónde vamos?

—A ver a tu novia.

—¿Cómo?

—Tú no puedes continuar con esa chica, y vas a romper inmediatamente. De paso puedes pegarle dos puñetazos a su papá en un ojo.

—¿Por qué?



—Porque ha dicho de ti en el café que eres herpético. Se conoce que hablan de ti en familia y que te despegan.

Y Paco me ayudaba a ponerme los pantalones, me hacía el lazo de la corbata y me empujaba, por último, hastalapuente para que saliéramos a la calle.

Hasta que vió que había reñido con mi novia, no tuvomomento tranquilo.

Yo, en el fondo del alma, le agradecí sus cuidados y hube de convencerme de que tenía razón, porque mi novia—¡Dios la haya perdonado!—estaba en relaciones conmigo y con un segundo apunte picado de viruelas.

Pero, de todas maneras, Paco me abrumaba con su cariño.

Ibamos al café, y decía yo, v. gr.:
—Mozo, tráeme un chico de limón.
—¿Del tiempo? preguntaba el mozo.
—Sí—contestaba Paco—del tiempo.
—Yo lo quería helado—atrevíame a decirle.
—Pues no puede ser. El limón helado es peligroso. Ya sabes que tú no estás para cometer excesos.
Ibamos a la sastrería:
—Vengo a probarme la cazadora—decía yo.
Paco se sentaba, poníase los lentes, y dirigiéndose al sastre, hablaba así:
—Déjesla usted bien corta, que es como ahora se estilan.



—A mí me gustan largas—replicaba yo.
—¡Corta y corta!—gritaba Paco, poniéndose de pie y paseando agitado por la sastrería.

El me hizo ingresar en un círculo de velocipedistas, donde no conocía a nadie; me obligó a fumar cigarros escogidos de diez céntimos; a usar petaca, a oír una lectura de un drama de Becerra ¡y a casarme!

Mientras duró nuestra amistad, yo no he tenido autonomía; yo no he podido hacer nunca mi gusto, yo era una máquina obediente a las indicaciones de Paco, hasta que una tarde me planté, y se acabaron nuestras relaciones para siempre.

A Paco se le había metido en la cabeza que me dejase la perilla.

—Eso sí que no lo hago—dije yo.
—Pues te la dejarás.
—Me opongo.

Paco montó en cólera; me llamó ingrato, desleal, mal amigo, feo, ¡qué se yo!

Pero yo me fui a casa de Almeida, sin hacerle caso, y dejé que me afeitara herméticamente, como decía un portero que yo tuve.

Paco me había visto salir a la peluquería y confiaba en que sus deseos habrían de realizarse.



Vióme descender afeitado, la sangre afluyó a mi cerebro, y después de dirigirme una mirada iracunda se fué por la calle de Alcalá abajo.

Al día siguiente recibí la carta siguiente:

«Puesto que mi amistad y mi cariño son para ti cosas insignificantes, renuncia para siempre a tu exámino.—PACO.»

P. D. Eres un desagradecido. Desde aquel día descanso.

LUIS TABOADA.

21 Junio 94.

(Prohibida la reproducción.)

Bibliografía

Puntos de vista (lecturas cortas), por LUIS PARDO.

En un elegante volumen de doscientas y pico de páginas, ha coleccionado nuestro distinguido amigo el ilustrado periodista D. Luis Pardo una porción de novelitas cortas y artículos sabrosísimos.

Por donde quiera que se abra el libro, tópose con *Las mujeres*, con *Frases hechas*, con *La antigua vecina*, con *El cantor*... La vista se esparce con deleite por las amenas páginas que la adiestrada pluma del Sr. Pardo ha sabido trazar tan brillantemente.

Revelase en todas ellas la realidad palpante, la verdad de lo que todos conocemos; y esto es lo que más avalora la obra, por la fidelidad con que están retratadas la vida y las costumbres.

En los bocetos de novela respirase el ambiente sano del amor y de la poesía, no la atmósfera enraizada de las pasiones tempestuosas, de las licencias desenfundadas y las promiscuidades groseras. No es el interés dramático que absorbe y deja luego un vacío en el alma al terminar la lectura; es la narración sencilla y encantadora que deja siempre una sonrisa en los labios. Los que necesiten la mostaza literaria para sus estragados espíritus, no han de encontrar en este libro mucho que les satisfaga. Pero a los amantes de la buena literatura, los que ven la belleza donde quiera que existe, ha de ser.

virles el recomendable libro del Sr. Pardo de gratísimo solaz.

El autor de *Confidencias* ha acreditado una vez más sus excelentes condiciones literarias exteriorizadas en la labor cotidiana del periodismo, y de vez en cuando con libros tan dignos de elogio como *Puntos de vista*.

Nuestra enhorabuena, y que el éxito sea a medida de sus deseos.

Se vende la obra al precio de tres pesetas en la Península, y un peso en las Antillas.

Establecimiento lito tipográfico «La Catalana», calle de San Agustín, 2, Madrid.

NUESTRO CONSULTORIO

Pedreguer.—J. M. J.—1.ª Hecho el traslado. 2.ª El núm. 520.

Tay.—D. F. S.—1.ª El núm. 370. 2.ª En el semestre último han ingresado 35.

Barbadillo de los Herreros.—J. H. C.—1.ª Hecho el traslado. 2.ª En Lorca (Soria).

Darria.—A. G. C.—1.ª Hecho el traslado. 2.ª Se contestará por correo.

Chiclana.—A. F. P.—1.ª Hasta la fecha no se ha recibido la instancia, y, por consiguiente, no figura usted.

Algeciras.—A. F. A.—1.ª Ninguno de los individuos por quien usted pregunta figuran para Cuenca ni Granada.

Figueras.—J. M. A.—1.ª Si reúne seis años de efectivos servicios, tiene derecho. 2.ª No le sirve para nada.

Castuera.—L. N. A.—1.ª No tiene derecho, porque usted pertenecía al Ejército activo por su suerte.

Jerez.—F. P.—1.ª En la 7.ª Compañía del Sur.

Pujerra.—L. D. P.—1.ª El núm. 3.

Esparraguera.—J. G. O.—1.ª Hecho el traslado. 2.ª El 33. 3.ª 41. 4.ª Se contestará por correo.

Valdepeñas.—P. G. V.—1.ª Padrique, 8.ª Compañía del Sur; Marcelino Rocas, Provencio (Cuenca); y Vicente Fran pertenece al Escuadrón de Valencia, y se halla prestando sus servicios en Lluçmayor (Balears).

Seo de Urgel.—S. M. M.—1.ª En Vigo (Pontevedra). 2.ª El núm. 33.

Santa Pola.—P. R.—1.ª El núm. 484 entre los soldados. 2.ª Un certificado del Juez en que se acredite la necesidad. 3.ª El Guardia de puertas. 4.ª El más antiguo. 5.ª La 1.ª.

Cuevas del Becerro.—J. B. G.—1.ª Hecho el traslado. 2.ª Se contestará por correo.

Oribuela.—N. F. G.—1.ª Sólo hay seis propuestas pendientes en Guerra.

Pilas.—A. M. G.—1.ª El núm. 153 entre los Cabos.

Almadenejos.—E. L. J.—1.ª Hasta la fecha no ha tenido entrada la instancia.

San Antonio.—S. S. E.—1.ª Se le remitirá. 2.ª Idem. 3.ª Está agotada la edición. 4.ª No, señor.

5.ª No, señor. 6.ª Sí, señor. 7.ª Sí, señor.

Puente Pomar.—M. G. P.—1.ª El núm. 21.

Petrín.—F. D. N.—1.ª Sirve en la Comandancia del Sur.

Horcajo de Santiago.—J. P. M.—1.ª Al primer Jefe de la Comandancia.

Murgia.—M. P. S.—1.ª El núm. 11.

Elizondo.—R. H. S.—1.ª El núm. 39.

Arredondo.—F. G. C.—1.ª El núm. 305 entre los soldados.

Colunga.—P. G. S.—1.ª No, señor. 2.ª Hasta la fecha no se tiene conocimiento de las vacantes.

Hospitalet.—F. B. S.—1.ª Remitido lo que interesa. 2.ª El núm. 2.

Anglés.—P. C. G.—1.ª El núm. 79. 2.ª Hecha, y se agradece su atención.

Chiclana.—M. J. R.—1.ª 2.

Sarroca.—M. G. S.—1.ª El núm. 25. 2.ª 53.

Coni.—J. F. P.—1.ª Teruel uno, y Córdoba 14.

Veger de la Frontera.—F. R. B.—1.ª No, señor. 2.ª Si, señor; con fecha 20 del anterior se le concedieron veinte días 3.ª Publicada.

Jané.—F. R. M.—1.ª El núm. 50 entre los hijos de veteranos.

Fuente la Higuera.—P. M. R.—1.ª El número 616 entre los soldados. 2.ª El 6.455. 3.ª Martínez, el 11.825, y Donat, el 11.867. 4.ª El 6.578.

Vimianzo.—A. S. O.—1.ª Si lo solicita dentro del mes de su desembarque de Ultramar, y abona todas las cuotas atrasadas, y 5 por 100 de intereses como fundador; en otro caso, como voluntario. 2.ª No ha tenido entrada la instancia.

Talamanca.—E. R. L.—1.ª El núm. 5. 2.ª Si no estuvo amalgamado no tiene derecho. (Real orden de 9 de Agosto de 1882.) 2.ª No, señor; necesita licencia de caza, a más del permiso del dueño. 4.ª El 10.819. 5.ª No, señor; pero si usted las desea se le remitirán.

Pulpí.—R. A. B.—1.ª No hay nada escrito sobre el particular, pero en previsión de un incendio u otro accidente análogo, entendemos deben entregarse. 2.ª Si, señor. 3.ª El núm. 195 entre los soldados.

Cortegana.—J. G. T.—1.ª No, señor. 2.ª Si es por ferrocarril deben salir socorridos por los días que dure la conducción; y cuando ésta tenga lugar por carretera, los presos han de ser socorridos en los puntos en que pernecten. 3.ª Si existe, se remitirá. 4.ª Si, señor. 5.ª 20. 6.ª 2.500. 7.ª y 8.ª. Se contestarán por correo.

San Jorge.—C. G. A.—1.ª El Municipio.

Casalarreina.—M. M. T.—1.ª El núm. 638 entre los soldados. 2.ª Se contestará por correo.

Cialitos (Puerto Rico).—F. F. S.—1.ª Si al regresar a la Península lo solicita dentro del mes de su desembarque y abona todas las cuotas atrasadas y 5 por 100 de intereses, sí, señor.

Agramut.—F. G. G.—1.ª El núm. 7, y no puede precisarse si causará alta en Julio. 2.ª El número 54. 3.ª En Pedroñeras (Cuenca). 4.ª Se contestará por correo. 5.ª Remitido lo que interesa.

Pitres.—J. R. S.—1.ª Se le servirá desde 1 de Julio. 2.ª Higinio Yáñez se encuentra en la Comandancia de Matanzas, puesto de Habana. 3.ª Francisco Robles el núm. 11 y usted el 3.

Para pasar el rato

ANAGRAMA

Remitido por Francisco Salas, Guardia Civil.

ANACLETO FONDESVALS ALABOSO

Formar con estas letras el nombre de un Monarca célebre en la *Historia de España*.

Soluciones a los Pasatiempos del número 45.

A LA CHARADA: Casa.

A LAS PREGUNTAS: 1.ª Isidoro, Isidro, 2.ª Nardo, Cardo, 3.ª Quinto.

Solución a la Charada del número anterior:

MARGARITA

Remitieron las soluciones a nuestros pasatiempos D. Francisco Rodríguez, D. Sebastián Núñez, D. Manuel Fernández, D. Pló Mendigurren, D. Leocadio Martínez Olmeira, D. José Cepillo Martínez, D. Manuel Gómez Fernández, D. José Herrera Mindolo, D. Venancio García de Medrano y D. Eleuterio Casariego Celaya.

MIGUEL ROMERO, IMPRESOR, TUDESCOS, 34.

8 BIBLIOTECA DE «EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL»

Había comprendido, sin duda, que aquel no tenía ya fuerzas, que estaba muy débil, y con una delicadeza de que no se le hubiera creído capaz, acudía en su socorro.

—No seguíamos el camino—contestó Anselmo, —ni hubiéramos podido hacerlo, porque la nieve lo ha cubierto todo; ha caído mucha, mucha, y allá en lo alto el viento levantaba los copos antes de tocar la tierra, barría las rocas y nos azotaba el rostro con furia.

—¿Venían ustedes por la sierra?—interrompió Francisco con un gesto de asombro.

—La hemos atravesado toda.

—Pero ha sido una locura, una insensatez que les hubiera podido costar la vida.

—Me dijeron que se acortaba, que llegaríamos un día antes... ¡Tenía tanta prisa!

—Bien, bien, ahora ya han salido ustedes del mal paso; pero vamos allá, el frío aumenta, y mucho temo que antes de la media noche vuelva a nevar como todo el día.

Y adelantaron por el campo, a espaldas de la casa del señor Francisco, por donde, según éste, existía una senda que conducía directamente a la sierra.

La nieve no había dejado, sin embargo, huella ninguna, y sólo debido a la práctica y al conocimiento del terreno que los habitantes de la aldea tenían, pudieron avanzar en línea recta hacia las primeras estribaciones de la sierra, cuyos escuetos perfiles, recortábase sobre el fondo azul del cielo, semejaban a lo lejos gigantes fantasma envueltos en blanquísima sudarios.

Pero la marcha, a pesar de aquella circunstancia, era lenta y trabajosa.

El mismo Anselmo, al que prestaban fuerzas los deseos, al que daba alas el cariño, apenas si podía avanzar sobre aque-

lla superficie que la helada había hecho difícil y resbaladiza.

Pero por muy despacio que anduvieran, avanzaban siempre, y pronto se encontraron muy cerca del rompimiento de las primeras colinas.

La luna brillaba en aquellos momentos con mayor fuerza e intensidad; su pálida luz hacíase intolerable al reflejar sobre aquella blanquísima superficie, y el menor accidente del terreno se destacaba a larga distancia por la sombra misma que proyectaba a su alrededor.

Anselmo, que con el señor Francisco marchaba delante del grupo, formado por los aldeanos, devoraba con la vista el espacio que se extendía ante ellos.

Su mujer y su hijo debían estar allí, antes de llegar a las primeras estribaciones de la sierra; él recordaba muy bien que al descender de aquellas y avanzar por el valle, habían adelantado gran trecho.

Pero en todo el terreno despejado a que alcanzaban sus miradas, no se advertían puntos oscuros que se destacasen sobre la nieve, nada que indicase la presencia allí de los dos seres que había dejado esperándole dos horas antes.

Anselmo se sentía morir; dolorosa angustia oprimía su pecho, y su corazón latía con inusitada violencia.

Estaba seguro, segurísimo; los tres habían avanzado como una tercera parte de la distancia que mediaba entre la sierra y la aldea; podían haberlo hecho un poco más a la derecha o un poco más a la izquierda del lugar por donde caminaban entonces; pero los vería, vería sus siluetas recostarse sobre el fondo blanco que formaba la sierra.

Quizás Magdalena, debilitada, transida de frío, habría caído al suelo, pero el cuévano era grande y debía verse precisamente.

¿Como no los veía?

LOS DRAMAS DEL HOGAR

5

Magdalena enlazó su brazo con el de Anselmo, y ambos se pusieron nuevamente en marcha.

Pero esta era cada vez más lenta y trabajosa; la nieve se rompía bajo sus pies y habiendo perdido el sendero, que aquella había ocultado por completo, caminaban sobre campos sin labrar, en los que se amontonaban piedras y talles que la nieve impedía distinguir.

Al cabo de una hora, apenas habían avanzado la cuarta parte de la distancia que los separaba del pueblo.

—No, no puedo más, Anselmo—murmuró Magdalena deteniéndose otra vez—la sangre brota de mis pies y me siento desfallecer.

—Pues bien; yo soy fuerte—replicó Anselmo,—puedo llegar al pueblo y volver por ti acompañado por los criados del Conde, por los primeros aldeanos que encuentren.

—¡Oh, no; no me dejes sola!—exclamó Magdalena aterrada, temblando.

—¿Y prefieres que pasemos aquí la noche, sin abrigo, sentados sobre la nieve?

¿Y nuestro hijo, Magdalena?

A aquel recuerdo mágico, la mujer no opuso resistencia.

Anselmo se inclinó sobre la tierra, y con exquisito cuidado dejó sobre ella el enorme bulto que llevaba sobre sus espaldas.

Entonces pudo verse que era un cuévano de los que usen las pasiegas para conducir a sus hijos.

Al mismo tiempo se oyó en el fondo del cesto el llanto de un niño, y la madre se arrojó sobre aquél, levantando el envoltorio que le cubría para impedir que la nieve penetrara en su interior.

Magdalena se inclinó sobre el niño, que lloraba en su lecho portátil, y cubrió de besos y de lágrimas su semblante.

—Vamos, Magdalena—murmuró Anselmo con acento de dulce reconversión;

—no tengas así al pequeño expuesto a la frialdad de la noche.

—¡Si tiene hambre, Anselmo, tiene hambre el angelito de mi alma—gritó Magdalena con desconsolador acento, con voz que semejava un quejido.

Anselmo guardó silencio y volvió el rostro a otro lado, acaso para que su esposa no viese dos lágrimas que corrían a lo largo de sus pálidas mejillas.

—¡Oh! corre, corre al pueblo—continuó la madre cubriendo de besos el semblante del niño, como si quisiese de aquella manera calmar su llanto;—tengo valor para todo, para quedarme sola aquí, para morir, si fuera necesario, con tal que salves a mi hijo.

Había en el acento con que Magdalena pronunció estas palabras tal expresión de varonil entereza, que Anselmo no dudó mucho tiempo.

Además, para seguir hasta el pueblo, del que aún los separaba largo trecho, hacíase preciso que alguien les ayudase, porque él solo no podía atender a la pesada carga del cuévano, y a conducir a Magdalena, para la que era muy débil apoco el brazo que aquél la ofreciera.

Recomendó a Magdalena que no se separara mucho de aquel sitio, que se moviera de continuo para evitar que el frío se apoderase por completo de su cuerpo, y que no se abandonase al dolor y a la desesperación; él no tardaría en volver, y no volvería solo seguramente.

Confiaba en encontrar los socorros que iba a pedir al pueblo.

¡Pa a ponerse en marcha, pero por un movimiento instintivo, sin darse cuenta quizás de lo que hacía, se inclinó sobre el cuévano y estampó un beso en la frente del niño, que había cesado de llorar y al que la madre procuraba comunicar todo el calor de su pacho.

Después se irguió resueltamente, como si hubiera encontrado nuevas fuerzas en

Cuatro grandes Fábricas de papel

DE LOS

Hijos de Fernández Iglesias

(TRES ALMACENES EN MADRID)

Proveedores de la Dirección de la Guardia Civil

Objetos de escritorio de todas clases.

Cuanto necesiten los **Guardias**, cuanto deseen los **Comandantes de Puesto** para su correspondencia, cuanto sea útil á los **Jefes y Oficiales** para su despacho, lo encontrarán en esta acreditada casa.

Plumas, lápices, libros rayados, costeras, etc., etc., á precios reducidísimos.

Especialidad en tarjetas, timbres, facturas y trabajos litográficos de todo género.

A los señores suscriptores de EL HERALDO se les hará una rebaja, para lo cual basta enviar una faja del periódico al hacer el pedido. Dirigirse á la **Carrera de San Jerónimo, 10.—MADRID**, ó á esta Administración, donde, también se reciben encargos.

GEMELOS DE CAMPAÑA

con estuche y bandolera, reglamentarios, para los señores Jefes y Oficiales de la **Guardia Civil**

Gemelo militar, objetivo 19 líneas, cónico; aumenta cinco veces, seis lentes campo de vista á los 1.000 metros 45 metros. Peso sin el estuche 430 gramos.

Precio con estuche y bandolera, 60 pesetas.

Las condiciones de pago y descuento son según la importancia de los pedidos.

LUIS VIVES Y COMPAÑIA

Calle de Fernando, número 23, BARCELONA

Intervios

El **Antinervioso Howard** es el tónico más poderoso del sistema nervioso; no tiene rival para curar vértigos, mareos, el insomnio y pesadillas, temblores, ansiedad, sensaciones extrañas, frío, calor, dolor, irascibilidad, parálisis, falta de memoria, de voluntad y de resolución. Obra reconstituyendo. Remedio para quince días, 4 pesetas.—Venta: boticas, Hortaleza, 110, y M. García, Van correo.—**Instituto Audet**, Alcalá, 72, duplicado, Madrid.—De doce á dos.

Impotencia

El **Fluido Vital, Gotas Viriles, Glóbulos vitales y Perlas del Serrallo** (5, 6, 25 y 40 pesetas), son los únicos remedios bien informados por la razón sana de un pensador ilustre para curar sin riesgo y con la mayor solidez la **impotencia, derrames seminales** y demás desarreglos genitales por abusos ó vejez. Son tónicos vigorosos y curan **aun cuando se hayan ensayado otros remedios sin resultado positivo**.

Venta: boticas, Hortaleza, 110, y M. García, Van correo.—**Instituto Audet**, Alcalá, 72, Madrid.

Venéreo-sífilis

Curación é inmunidad con los remedios antisépticos, **Antiblenorrágico Ivel**, para curar todo flujo uretral, purgaciones, gota militar, etc. **Antisifilitico Cowper**, para la sífilis en todos sus períodos. Precio: 4 pesetas en las boticas, Hortaleza, 110, y M. García, Van por correo. **Instituto Audet**, Madrid.



Fábrica de impermeables

EN BARCELONA

LUIS VIVES Y COMPAÑIA

Barcelona, calle de Fernando, número 23.

Especialidad en los de forma reglamentaria para los señores Jefes y Oficiales de la **Guardia Civil** y demás Cuerpos del Ejército.

Empleamos el mejor tejido, de color invariable negro firme, siendo flexible é impermeable garantizado. Capotes de buen corte, engomados y cosidos al mismo tiempo. Facilidades para el pago. Pídanse circulares y muestras.

SASTRERIA MILITAR

DE

VIUDA É HIJOS DE V. J. PASCUAL

Casa fundada en 1814

2, Travesía de Trujillos, 2.—Madrid.

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros desde la creación de ambos Institutos. Contratas para el Ejército y Corporaciones civiles y militares.

GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

FUNDADA EN 1840

PREMIADA EN DISTINTAS EXPOSICIONES

DE

HIJOS DE ANTONIO GIL

PRIM, 11, Y VITORIA, 5

BURGOS

SUCURSAL

29, Fuencarral, 29

MADRID

Especialidad en sombreros para la Guardia Civil, Alabarderos, Escolta Real y Cuerpos Diplomáticos.

SASTRERÍA MILITAR

DE

Francisco Juan Vidal

SAN BARTOLOMÉ 7, 9 Y 11, MADRID

Contratista para la Guardia Civil y Carabineros. Se confeccionan toda clase de prendas de militar y paisano. Corte excelente. Géneros del reino y extranjeros.

6 BIBLIOTECA DE «EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL»

aquel beso, y dando un último adiós á Magdalena, se alejó con rápido paso, guiándose á falta de camino, por las luces que brillaban á lo lejos, destacándose sobre la masa oscura que determinaban las casas de la aldea.

CAPITULO II

¡Perdidos!

No se había equivocado Anselmo al asegurar que se encontraba aún con fuerzas bastante para llegar á la aldea, y volver con los socorros necesarios; desembarazado de la pesada carga del cuévano, marchaba rápidamente, deslizándose á veces sobre la nieve que la helada había endurecido.

A pesar del frío, cada vez más intenso, gruesas gotas de sudor corrían por su semblante, y su respiración era á cada paso que avanzaba más agitada y violenta.

Caminaba siempre, sin embargo, y ni un instante se detuvo para tomar aliento.

Recordaba aquellos dos seres desvalidos que había dejado en mitad de aquel inmenso desierto de hielo, y este recuerdo redoblaba sus fuerzas, aumentando el vigor de que había dado tantas muestras.

Una hora después de haberse separado Magdalena y de su hijo, llegaba, por fin, á las primeras casas de la aldea.

El confuso rumor que había percibido al aproximarse, convirtiéndose entonces en alegre algazara; cantares, risas, sonidos de instrumentos pastoriles, todo llegó hasta él claro y distinto.

Se detuvo un momento y se pasó la mano por la frente, cubierta de sudor.

—Aquí la alegría, la felicidad—murmuró con ronco acento;—¡allí la desesperación, la muerte!... ¡la muerte! ¡oh! ¡oh!... Luchar, ver muy cercano el triunfo, tener la dicha á nuestro alcance y morir... ¡Ah! ¡Dios! ¡Dios!

Y como si aquel pensamiento le habie-

ra dado nuevas fuerzas, llegó hasta la primera puerta y llamó á ella golpeando con el puño cerrado.

Esperó unos instantes y nadie respondió á su llamamiento.

El ruido de la fiesta no se había interrumpido.

Gritos, cantares y alegres carcajadas apagaron el eco de sus golpes, y sin duda no fueron oídos.

Volvió á repetirlos con más fuerzas, y dejó de oírse de pronto todo aquel bullicio que denunciaba la alegría de los moradores de la casa.

Aquella vez no habían sido inútiles esfuerzos.

—Abre, Juane—oyó decir á una voz de hombre con acento marcado de autoridad,—tal vez sea algún pobre viajero extraviado.

Anselmo percibió después el ruido que produce un cerrojo al correrse y la puerta se abrió, dejando escapar torrentes de luz que iluminaron por completo la figura de Anselmo.

Entonces pudo verse que era un hombre como de treinta y seis á cuarenta años; de rostro curtido por el sol, pero blanco; de ojos grandes azules, en los que brillaba siempre una mirada inquieta, recelosa; de cabellos rubios, largos, enmarañados; de barba poblada, larga también, desigual, descuidada.

Un viejísimo sombrero de fieltro cubría su cabeza; un ancho sobretodo parduzco caía á lo largo de un cuerpo en el que apenas se conocían más que los huesos, y unos pantalones de lienzo y una botas de becerro, recosidas, despellejadas completaban su traje.

Notábase, sin embargo, en toda su persona un aire de distinción que imponía; se desprendía de todo su ser algo que contrastaba notablemente con aquel atavío miserable, algo que denunciaba una gran desgracia, un infortunio inmenso.

LOS DRAMAS DEL HOGAR

7

Aquel hombre no era un pordiosero vulgar; su mirada, su actitud, todo revelaba en él un ser superior á lo que aparentaba.

—La paz de Dios sea en esta casa—murmuró con acento humilde, pero lleno de dignidad, atravesando el umbral de la puerta.

Todos los rostros se habían vuelto hacia él; en todas las miradas hubiera podido leerse el mismo pensamiento.

El dueño de la casa, á juzgar por el lugar que ocupaba junto á la gran chimenea de campana en la que ardían con alegre llama tres ó cuatro enormes troncos abandonó su asiento y se adelantó hacia el recién llegado.

—Sea usted bien venido—dijo alargando una mano á Anselmo;—mi casa está siempre á la disposición de cuantos, como usted, llaman á su puerta.

Anselmo estrechó aquella mano entre las suyas, y dió las gracias á aquel hombre que de tal manera le recibía con una mirada que empañó una lágrima.

—Hay aquí, á Dios gracias, un excelente fuego,—continuó el aldeano conduciendo á Anselmo hacia la chimenea,—y aún no se ha dado fin á las provisiones. A ver, muchachos, haced un sitio para este huésped.

Todos se apartaron respetuosamente y junto al fuego quedó un asiento desocupado.

—No se trata ahora de mí—repuso Anselmo haciendo un ademán para que ninguno se moviese:—se trata de mi esposa y de mi hijo, que están allá afuera, una legua del pueblo, en medio de la nieve.

Profundo asombro se pintó en los rostros de todos los reunidos en la casa.

—¿Que está usted diciendo?—exclamó el dueño haciéndose sin saberlo intérprete de los sentimientos de todos sus amigos.—¡Eh! muchachos, con los hombres hablo, ya habéis oído; hay que salir in-

mediatamente en busca de esa señora y de ese niño. ¡Pobrecillos! con la noche que hace...

En un momento guitarras, rabeles y panderetas fueron abandonados sobre los bancos de piedra que rodeaban la cocina, y en tanto unos se proveían de palos para andar mejor sobre la nieve, otros preparaban sobre una escalera de mano un cómodo lecho, y otros recogían de sobre la mesa, donde aún se veían los restos de la cena, todo aquello que conceptuaban de alguna utilidad.

El dueño de la casa daba sus instrucciones á las mujeres, y un instante después todo estaba dispuesto.

—Cuando usted quiera, amigo mío—dijo aquel dirigiéndose á Anselmo y encaminándose á la puerta;—y vosotras no olvidéis nada de lo que he dicho,—añadió encarándose con las mujeres.

—Vaya su merced descuidado, señor Francisco,—contestaron algunas.

El señor Francisco, y le llamaremos así puesto que ya conocemos su nombre, salió el primero envolviéndose en una hermosa manta que una de aquellas muchachas había colocado sobre sus hombros; siguióle Anselmo, al que habían dado un capote de monte, y tras él seis ó ocho jóvenes y dos ó tres viejos, que eran todos los comensales del sexo fuerte que el señor Francisco tenía en su casa congregados.

—Por fortuna, la noche está muy clara, y aunque no habrá quedado seguramente ni señal de camino, no será fácil que nos extraviemos. Conque usted dirá por qué lado hemos de seguir para buscar á la señora y al niño.

Y al decir esto el señor Francisco, que era un hombre como de cincuenta años, fuerte, robusto, de anchas espaldas, de fisonomía un tanto ruda, pero no del todo desagradable, cogió el brazo de Anselmo y lo enlazó con el suyo.